

Los trabajos de las mujeres y la economía de las unidades domésticas en la Grecia Clásica

Women's work and economy of domestic units in Classical Greece

M^a Dolores MIRÓN PÉREZ

Instituto de Estudios de la Mujer. Centro de Documentación Científica. Universidad de Granada.
C/Rector López Argüeta, s/n. 18071 Granada
dmironp@ugr.es

Recibido: 20-10-2005
Aceptado: 16-10-2006

RESUMEN

En este artículo se analizan los trabajos de las mujeres en las unidades domésticas de la Grecia clásica. Dado que la mayor parte de la actividad económica se realizaba en el seno del oikos, éste se constituía en unidad básica de producción, en la que participaban mujeres y hombres teniendo en consideración la división sexual del trabajo y la diferente asignación de espacios según el género. Como espacio productivo, el oikos permitía la subsistencia de los miembros de la familia, asegurando la reproducción de éstos y, por tanto, la transmisión a su vez de los espacios productivos a sucesivas generaciones, aunando producción y reproducción. En este contexto, los trabajos productivos de las mujeres son tanto un elemento esencial para la subsistencia de la unidad doméstica como una fuente de riqueza, constituyendo un factor clave de la economía griega.

PALABRAS CLAVE: Género. Mujeres. Trabajo. Economía. Grecia clásica.

ABSTRACT

In this article women's work inside the domestic unit of Classical Greece is analyzed. Most of economic activities were carried out inside the oikos; the basic unit of production, with the participation of both women and men, taking into account the sexual division of work and the gender spaces. As a productive space, the oikos allowed the subsistence of the family, guaranteed its reproduction and thus the transmission of productive spaces to successive generations, joining production and reproduction. In this context, productive women's works are an essential element for the subsistence of the domestic unit and a source of wealth. Thus, it was a key factor in Greek economy.

KEY WORDS: Gender. Women. Work. Economy. Classical Greece.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Trabajos productivos. 3. Trabajos de reproducción y de mantenimiento. 4. Valor del trabajo de las mujeres. 5. Economía y *oikonomia*.

1. Introducción

La comunidad social básica en el mundo griego, fundamento de la ciudad (*polis*), recibía el nombre de *oikos*, un concepto complejo que hacía referencia al conjunto de casa, familia y propiedades y constituye la célula que permitía cubrir tanto las necesidades de alimento y vivienda como las de reproducción (cfr. Foxhall 1989; Karabelias 1984; Lacey 1968: 15-32; MacDowell 1989; Mirón 2004: 62-64; Pomeroy 1997: 17-66). Así pues, era un ente constituido para la producción/reproducción de descendientes, así como de los soportes materiales e inmateriales que garantizarían el sustento de esta regeneración. El *oikos* es, por tanto, una entidad económica, que supone la base la economía griega. En este sentido, es la unidad principal de producción y consumo (cfr. Pomeroy 1994: 41).

En este trabajo analizaré la aportación de las mujeres griegas de época clásica a la economía, centrándome en sus tareas productivas o, si se prefiere, de producción de objetos, pero sin perder de vista el carácter económico de los trabajos de mantenimiento y de reproducción, entendida como producción de cuerpos, siguiendo la terminología propuesta por Encarnación Sanahuja (2002). De este modo, contemplaremos la Economía como algo mucho más amplio y complejo del concepto que hoy en día se maneja, retornando a los orígenes de la misma palabra, inventada en el mundo griego.

Para ello hemos de partir de la división esencial en el mundo griego entre papeles y espacios según el género, que conlleva la división sexual del trabajo. Mientras que a los hombres les correspondía el mundo exterior (la *polis*, la política, la economía, la guerra, los trabajos al aire libre), a las mujeres les era asignado lo interior (el *oikos*, la administración doméstica, la crianza de hijos, los trabajos bajo techo). El mismo *oikos* estaba compuesto de elementos externos e internos. En una economía basada sobre todo en la agricultura, las fuentes primarias de riqueza asociadas al *oikos* se hallaban “fuera”, pero había otras actividades que necesariamente habían de realizarse “dentro”. Así, el trabajo interior en la casa era esencialmente femenino, mientras que el de fuera era ocupación de los hombres (cfr. Mirón 2004: 71-74).

2. Trabajos productivos

Los trabajos de las mujeres en el interior de la casa abarcaban tanto tareas reproductivas como productivas, incluso en el sentido con que comúnmente es empleado hoy en día. En el espacio de la vivienda las mujeres realizaban una serie de trabajos de producción de objetos esenciales para la economía griega.

2.1. El trabajo textil

Dentro de las tareas específicas que las mujeres realizaban se hallaba en un lugar económica e ideológicamente esencial la producción textil, una labor propia de “dentro” y, por tanto, asignada a las mujeres. En el origen de la sociedad griega, todos los vestidos, tapices, ropas de cama, etc. del *oikos* eran realizados de principio a fin por las mujeres. Era la labor femenina por excelencia, y la que tenía un valor económico más visible.

El material principal era la lana. El proceso de elaboración de un vestido era largo y tedioso (Barber 1992: 106-112; Gullberg y Åstrom 1970; Losfeld 1991: 45-81). En un *oikos* ideal, toda la materia prima debía proceder de las ovejas de su propiedad, siendo estos animales criados expresamente para producir lana (Demóstenes, 47,52). Una vez esquiladas las ovejas por los hombres, la lana era lavada con agua caliente y otros productos y puesta a secar al sol, una labor ya femenina (Aristófanes, *Asamblea*, 215-216; *Lisístrata*, 574-578). Aunque requería ser realizado bajo la luz del sol, ello era posible tanto en los patios de las casas ciudadanas como en los recintos vallados de las casas de campo.

El resto del trabajo continuaba en manos femeninas. La primera labor era el cardado de la lana. Ésta era estirada y peinada sobre la pierna desnuda (*ARV* 435.95; 827.7; 815.3) o sobre la rodilla (*CAT* 2.650), utilizándose a veces en este caso un protector o epinetron, del que subsisten algunos ejemplares cerámicos (*ABV* 480.2; 508.11; 508.118; 703; *ARV* 1250.34; Atenas, Museo Arqueológico Nacional, 2179; cfr. Robinson 1945). Las fibras eran depositadas en una cesta o cálatos de esparto (Houston, Museum of Fine Arts, col. A. Finnigan, 34-131; Payne 1962:88-89).

Para el hilado, se usaban rueca y huso, que consistía en un bastón rematado en su extremo supe-

rior por un gancho y en el inferior por una tortera. La arqueología ha proporcionado numerosos ejemplares de elementos de la rueca y el huso, en particular los realizados en materiales no perecederos, como fusayolas, torteras y ganchos (Davidson y Thompson 1975: 94-96; Payne 1962: 130-131; Robinson, 1941: 374-377). Apenas quedan, sin embargo, ejemplares de huso completos, en metal (Robinson 1941: 375-376), ya que seguramente los bastones eran realizados en su mayoría en madera. La lana cardada era enrollada en la rueca, que la hilandera tomaba en su mano izquierda, mientras que con la derecha tiraba de la hebra humedecida, la sujetaba en el gancho y la retorció con los dedos haciendo girar el huso, al que enrollaba la fibra ya hilada. Se trata de una acción muy representada en la cerámica (p.e. *ARV* 258.18; 655.11; 696.2; 815.3; 955.1; Perachora 1956) y, en menor medida, en las estelas funerarias (*CAT* 268, 1.176; 1.190; 1.216; 1.220; 1.309, 1.352, 1.381, 1.691, 1.894, 5.650).

El telar griego era muy simple, aunque su funcionamiento y construcción exactas son objeto de especulación (Crowfoot 1936-37; Hoffman 1964: 297-389). La arqueología sólo ha proporcionado algunos restos de elementos no perecederos, las representaciones cerámicas tienden a la simplificación (*ABV* 154.57; *ARV* 1250.34; 1300.2; *CVA USA* 1, 1. 5,1-2; *CVA USA* 2, 1. 43,1; Oxford, Ashmolean Museum, G.249), y las fuentes literarias son poco explícitas. En líneas generales, consistía en dos postes verticales, con un travesaño superior, que podía ser rotatorio para enrollar lo ya tejido, al que se ataban los hilos de la urdimbre, a cuyo extremo inferior, en grupos, se enganchaban pesas de telar, proporcionando tensión al hilo. Un travesaño en el centro del telar servía para que los hilos de urdimbre estuviesen separados con regularidad. Por encima de este travesaño, el contralizo servía para separar alternativamente los estambres, facilitando el paso de la trama. Este trabajo se realizaba de pie, empleando las tejedoras para ello lanzaderas o bobinas. La trama era entonces apretada contra lo ya tejido, empujándola hacia arriba con bastones planos en forma de espada. La proliferación de pesas de telar o bobinas de hilo en las excavaciones arqueológicas da una idea de su cotidianidad en el mundo griego (Ault 1997: 242-244; 2000: 489; Mirón 2005: 349-350; Nevett 1995: 379; Payne 1962: 129-131). Ello hace suponer que había un telar al menos en cada casa.

En las familias acomodadas, la señora de la casa (*despoina*) era la directora de la labor textil, encargándose de instruir a las esclavas y de distribuir la lana y el trabajo (Erina, 1,22-23; Jenofonte, *Económico*, 7,36; 7,41); pero era una tarea en la que participaban mujeres de todas las condiciones y clases sociales. Además, al tratarse de un trabajo monótono y que requería gran cantidad de horas, era el que más tiempo ocupaba a las mujeres (Mirón 2001: 18-20). La elaboración de principio a fin de un vestido más o menos sencillo podía ocupar a una sola mujer un mes (Platón, *Leyes*, 12, 956a). Por la ligereza y sencillez de los instrumentos usados en el cardado y el hilado, la poca concentración requerida y la facilidad para abandonar y retomar la tarea, la labor podía ser llevado a todas partes, permitiendo al mismo tiempo cuidar de los niños, vigilar a las esclavas, charlar y atender otros trabajos. De este modo, no es de extrañar que la imagen más común de una mujer sea la de la que está ocupada en el trabajo de la lana. La presencia de este tema tanto en la literatura como en la cerámica es extraordinaria. En esta última es uno de los temas predominantes del universo femenino, con la frecuente aparición de mujeres solas o en grupo, implicadas en este trabajo. Las mujeres, libres y esclavas, se reunían en el cuarto del telar, donde pasaban largas horas, trabajando la lana, charlando en confidencia y recibiendo a las amigas (Mirón 2005: 349-351).

Por tanto, no es de extrañar que la ideología griega vinculara estrechamente, hasta el punto de asimilarlas, mujeres y labor textil. Ésta servía para definir y representar la *philergia* o amor al trabajo, considerada una de las virtudes esenciales de la mujer (Mirón 2001: 6-16). El trabajo de la lana no sólo se creía intrínseco a la naturaleza femenina, sino que definía al sexo femenino.

Según todos los indicios, los instrumentos empleados eran propiedad de las mujeres. Como propiedad de la esposa, era un bien no enajenable cuando se producía una confiscación de los bienes del marido, y de ahí que ningún instrumento del trabajo de la lana apareciese en las largas listas de objetos confiscados a ciudadanos que incurrieran en delitos (cfr. Amyx 1958). Probablemente estos instrumentos eran aportados por la esposa al matrimonio y, como la dote, de la que podían formar parte, no fueron nunca propiedad del marido. No obstante, este trabajo era dependiente de lo que aportaban los varones desde fuera. La lana, tanto si procedía

de las ovejas de la hacienda como si era adquirida en bruto en el mercado, era traída por los hombres. Es la simbología que encierran los vasos en que un hombre ofrece un cesto de lana a la mujer, indicando la división de papeles: los hombres aportan los bienes de fuera, que las mujeres trabajan dentro.

La situación fue cambiando en época clásica y se fue imponiendo la compra en el mercado de productos textiles elaborados o semielaborados. Comenzaron a proliferar las manufacturas textiles. Durante la crisis del siglo IV en Atenas, muchas mujeres hubieron de vender en el mercado sus hilados o sus tejidos, o emplearse como asalariadas en manufacturas (Aristófanes, *Ranas*, 1346-51; Demóstenes, 57, 30-36, 45). Aristarco, que mantenía en su casa a una serie de hermanas, sobrinas y primas, creó con ellas una manufactura textil familiar (Jenofonte, *Memorabilia*, 2, 7). Quizá a este tipo de industria pertenezca la casa A viii 7 de Olinto, llamada “Casa de las Pesas de Telar” por la abundancia de este elemento, del que se encontraron 297 ejemplares. Esta vivienda, que parece dependiente de la adyacente, es posible identificarla con un lugar dedicado a la producción textil y, por tanto, femenino (Cahill 2000:504-505; Robinson y Graham 1938: 34-40). Era probable que la mayoría fuesen pequeñas manufacturas no separadas del espacio doméstico (cfr. Bettalli 1982).

Al mismo tiempo, esta “industrialización” de un trabajo tradicionalmente doméstico trajo consigo la aparición de hombres, esclavos sobre todo pero también libres, ocupados en estas labores (Thompson 1981-82). No obstante la participación de hombres en este trabajo y de que la propiedad se hallaría en manos masculinas, la mayor parte de la mano de obra sería femenina.

En cuanto a otros materiales, como el lino o la seda, la participación masculina podía ser mayor, pero seguía estando sobre todo en manos de las mujeres (Bettalli 1982: 265-267). Las de la ciudad de Patras, en el Peloponeso, vivían del *byssos*, una especie de lino fino que crecía en la Élida, con el que tejían redecillas para el cabello y otros tipos de vestidos (Pausanias, 7, 21,14). Algunas mujeres en Atenas vivían de vender lino que ellas mismas hilaban en el mercado (Aristófanes, *Ranas*, 1346-51; Esquines, 1,97). Aunque no tendría la presencia de la lana, la necesidad de tener ropa fina podía hacer del trabajo del lino otra labor doméstica cotidiana (Aristófanes, *Lisístrata*, 735-740).

2.2. Transformación de alimentos

Otra de las tareas esenciales del interior era la transformación de los productos alimenticios que los hombres aportaban desde el campo, y que era una función mayoritariamente, y a veces de forma casi exclusiva, femenina.

Por las características de la agricultura mediterránea, basada en el cultivo del trigo, los productos de él derivados, y singularmente el pan, constituyen la alimentación básica de todas las familias. El proceso completo de elaboración del pan estuvo en manos de las mujeres, según se desprende de los textos antiguos y de las imágenes, sobre todo las figuras de terracota (Sparkes 1962: 125-128).

En primer lugar, el grano traído desde el campo por los hombres era molido en casa por las mujeres, empleando sobre todo el molino de mano, pero también el mortero, según se muestra en las representaciones figurativas (*ARV* 309.95; Mollard B 120, 121, 304; *TK I* 33,9; 34,3), que servía asimismo para triturar semillas o frutos secos. Las representaciones del molino de mano, muy frecuente en los restos arqueológicos de las casas griegas, son a menudo ambiguas, pues es difícil distinguir si las mujeres están moliendo harina o amasando pan (Sparkes 1962: 128). Una vez molido el grano, la harina era colada mediante un cedazo o un harnero (*TK I* 34, 2-3), para separar el polvo fino de fragmentos más gruesos. La harina era amasada con las manos en una artesa, circular o cuadrada (*TK I* 34, 1-5, 7-8; 35,6-7; 39,4), y luego se cocía el pan en un horno de leña. De acuerdo con las representaciones en terracota, su forma solía ser semicilíndrica o absidal, sobre una base rectangular, que alojaba el fuego (*TK I* 34,3; 35,10, 12).

Como en el trabajo textil, asistimos a una evolución. La mayoría de las terracotas, sobre todo las que representan la molienda, son procedentes de Beocia y datables hacia finales del siglo VI y primera mitad del V a.C. La cerámica ática tan sólo representa escasísimos ejemplos de mujeres moliendo grano, a finales del siglo VI a.C. (*ARV* 309.95). La cerámica del siglo V apenas ha dejado imágenes de mujeres amasando y son ambiguas (*ARV* 251.86; 345.95). La transformación del trigo en harina en las casas de la Atenas clásica es un hecho constatado en la literatura. Sin embargo, la harina podía adquirirse en el mercado (Brock 1994: 339). Además, a partir del siglo V, en Atenas y otras ciudades, se constata la existencia de panaderas, mu-

jeros seguramente de extracción libre que vendían sus productos en el mercado, y que incluso podían tener sus propios hornos y tiendas públicos (Aristófanes, *Avispas*, 238; *Lisístrata*, 458; *Ranas*, 858; Hermipo, *Vendedoras de pan*; cfr. Brock 1994: 338-339).

En casas ricas autoabastecidas, la molienda y la fabricación del pan eran realizadas por las mujeres del *oikos* (Aristides, 45,55 [ed. Dindorf]; Jenofonte, *Económico*, 7,21; 9,7). Era el ama de casa quien se encargaba de cuidar por la buena conservación del grano (Jenofonte, *Económico*, 7,36). Pero la elaboración del pan era, sobre todo, un trabajo de las esclavas (Jenofonte, *Económico*, 9,9. Cfr. Eurípides, *Hécuba*, 362; *Troyanas*, 492; Ferécates, *Salvajes*, 10). En casa de Iscómaco existía una panadera especializada, seguramente esclava de la casa, a la que la señora debía vigilar muy especialmente (Jenofonte, *Económico*, 10,10; ver también Teofrasto, *Caracteres*, 4,10). Sin embargo, Jenofonte, reivindicando los valores tradicionales, considera una labor apropiada para el ama de casa “humedecer y amasar la harina” (*Económico*, 10,11).

En hogares de pescadores, y singularmente en las islas, la conservación del pescado aportado por los hombres era también tarea eminentemente femenina (Eurípides, *Melanipa Cautiva*, frag. 13). La poetisa Erina (1,24) describe cómo, en la isla de Telos, las niñas ayudaban a la madre en la salazón del pescado.

Apenas hay información sobre otros productos. La elaboración del aceite y el vino tal vez era asunto de hombres. No obstante, el mantenimiento en las casas de estos alimentos era, como todo lo de la despensa, en principio función del ama de casa. Sí pudo ser femenina la conservación de alimentos. Por ejemplo, la existencia de vendedoras de aceitunas y de higos secos puede indicar que estos productos eran habitualmente transformados por mujeres, como hoy en día en muchas casas de campo mediterráneas.

2.3. Trabajos agrícola/ganaderos

Los trabajos agrícolas y ganaderos se realizaban fundamentalmente en el campo y, al ser tareas de fuera, correspondían en teoría a los hombres. Aunque en la práctica muchas mujeres, en especial de extracción pobre, pudieron colaborar en las labores del campo (Demóstenes, 57,40-45; Lacey 1968: fig. 45).

Sin embargo, existían labores agrícolas que se podían realizar dentro de un recinto cerrado, como ocurría con el cultivo de legumbres y árboles frutales, que podía tener lugar dentro de un huerto vallado, tal como se ha constatado arqueológicamente en algunas casas de campo de época clásica (Mirón 2005: 357-358). De ahí que no sea infrecuente la representación en la cerámica de mujeres recolectando frutas de los árboles (*ABV* 334.6; 604.68; *ARV* 523.1; 763.1; 806.90; Madrid, MAN, 10.973; cfr. Killet 1994: Sf. 5.16-24).

Una información indirecta la ofrecen las referencias a los mercados de abastos, cuyos puestos solían estar regentados por mujeres. Además de productos manufacturados por las mujeres en casa, como la harina o el pan, se ofrecían otros que pueden proceder perfectamente de huertos: granadas, altramuces, nueces, puerros, puré, legumbres, ajos, higos secos, etc. También la venta de miel hace pensar que la apicultura, constatada arqueológicamente (Mirón 2005: 257), era asunto femenino, al menos en su parte final. Da la impresión de que la venta de alimentos al por menor estaba fundamentalmente en manos de mujeres. Al menos de los alimentos de origen vegetal. Del mismo modo que las panaderas y las vendedoras de hilaturas y tejidos se relacionan con las funciones domésticas femeninas, esta venta de fruta y verdura podía reflejar una realidad en que, si no el cultivo, sí la recolección y administración, de los productos hortofrutícolas, se hallaba sobre todo en manos de mujeres.

En cambio, las mujeres no se relacionan con la venta de carne. La ganadería era labor mayoritariamente masculina. Hay, no obstante, una excepción: la avicultura. Una de las funciones del patio interior de las casas fue servir de corral, donde se criaban aves, de cuyo cuidado se encargaban las mujeres. En la misma Atenas clásica se guardaban gallinas dentro de las casas urbanas (Aristófanes, *Lisístrata*, 896). Una terracota beocia del siglo V a.C. muestra a una mujer dando de comer a una gallina y sus polluelos (Malibu, The J. Paul Getty Museum, 86.AE.265; ver también Mollard B 101). La vendedora de una escultura helenística acarrea pollos y tal vez huevos, sin duda procedentes de su corral (Nueva York, Museo Metropolitano, 09.39).

3. Trabajos de reproducción y de mantenimiento

Me referiré, aunque sea brevemente, a los otros

trabajos que las mujeres realizaban dentro de la casa, y que eran tan importantes como los de producción de objetos. Trabajos que en el mundo griego también se consideraban parte de la Economía.

3.1. Trabajos de reproducción

La función principal de una esposa griega era procurar hijos legítimos a su marido. La producción de hijos era la primera y básica aportación común de marido y mujer al *oikos* (Jenofonte, *Económico*, 7, 10-13; Pseudo-Aristóteles, *Económicos*, 1343b; 3,1; 3,2). Pero la pareja humana, que constituía el núcleo de las personas y propiedades del *oikos*, necesitaba continuarse legítimamente, es decir, procurarse herederos además de que la descendencia garantizaba la subsistencia del padre y la madre ancianos. La fórmula ateniense de la entrega de la novia por su padre al marido es muy explícita: “Te la entrego ante testigos para la siembra de hijos legítimos” (Menandro, *Samia*, 727-728; cfr. Plutarco, *Moralia*, 144b). Con esta simple frase se aludía no sólo a la reproducción biológica de la familia, sino a la material del *oikos*. En una sociedad básicamente agrícola como la griega, la equiparación de siembra de hijos con siembra de grano, manifiesta claramente cómo el *oikos* aunaba fertilidad humana y fertilidad de la naturaleza, producción de cuerpos y producción de objetos (Mirón 2000). Si el fin de esta última era garantizar la supervivencia a partir de una tierra adscrita privadamente, la primera permitía que esta propiedad privada fuese transmitida, y permitiese a su vez la subsistencia de la descendencia.

Esta reproducción de hijos constituía, dentro de los papeles de género, la función básica de las mujeres. Asimismo, era la contribución fundamental de las mujeres a la *polis*, pues ésta también había de reproducirse, lo que se lograba a partir de los diferentes *oikoi*. En la ciudad, los varones contribuyen mediante su servicio en la dirección y funcionamiento de los asuntos públicos, es decir, la guerra, la política y la economía externa. Las mujeres, reproduciéndola. “Yo también pago mi contribución al Estado, dándole hombres”, dice Lisístrata (Aristófanes, *Lisístrata*, 650).

3.2. Trabajos de mantenimiento

Ligados estrechamente a estos trabajos de producción de objetos y de cuerpos, se hallaban los de

mantenimiento, tanto de objetos como de cuerpos.

En primer lugar, las mujeres se consagraban especialmente a la crianza de sus hijos, asegurando su supervivencia y crecimiento, y educándoles en los primeros años de vida. De entre estos trabajos destaca, por sus implicaciones económicas, la lactancia, que era la nutrición básica los primeros meses y un elemento importante de la dieta de los primeros años. Aunque lo ideal era que fuese la madre quien amamantara, no era infrecuente que se recurriese a una nodriza, que podía ser una esclava de la casa o una nodriza de alquiler. Durante la guerra del Peloponeso y los años posteriores, muchas ciudadanas atenienses pobres ejercieron de nodrizas por un salario (Demóstenes, 57,35, 40-45).

Los cuidados se extendían a todos los habitantes de la casa, incluidos los esclavos. Por ejemplo, era función de la señora instruir a las esclavas en los trabajos domésticos. En la casa del rico Iscómaco, la esposa se encargaba de enseñar a las esclavas que no supieran hilar, doblando, de este modo, su valor, o convertir en criada capaz, leal, eficiente y valiosa a una que no supiera administrar ni servir (Jenofonte, *Económico*, 7,41).

La cocina, la alimentación cotidiana, era tarea también propia de mujeres (Eurípides, *Electra*, 418-422; Heródoto, 8, 137,2-3; Platón, *República*, 455c; Teofrasto, *Caracteres*, 28,4). Sin embargo, una mayor cualificación fue repercutiendo en una cierta masculinización del trabajo; a partir del siglo IV aparece la figura del cocinero profesional, al que se recurría sobre todo en celebraciones (Menandro, *Díscolo*, 943; *Samia*, 287-292; Teofrasto, *Caracteres*, 20,9).

La higiene y el aseo de los miembros de la familia se hallaba en manos de las mujeres (p.e. Esquilo, *Agamenón*, 1107-1109; Pausanias, 10, 10,7), así como la salud básica de la familia (Demóstenes, 59,55-56; Jenofonte, *Económico*, 7,37). En casos graves, se recurría a un médico, dedicándose las mujeres de la casa a tareas de cuidado y enfermería.

Además del aseo personal, las mujeres también se ocupaban de la limpieza de la casa y de las cosas que ésta contenía. Esta labor, la más humilde, era propia de las esclavas, si las había (Aristófanes, *Asamblea*, 846-847; Eurípides, *Alceste*, 946-947; Mollard B 302).

En general, la organización de la casa, el almacenamiento y la distribución de alimentos, utensilios y vestidos era función de la señora de la casa (Jenofonte, *Económico*, 8; 9,6-10). Como encarga-

da de la custodia de los bienes que dentro se guardaban, vigilaba especialmente los víveres, incluidos el aceite y el vino, y sobre todo el grano y la harina, que debían permanecer en perfectas condiciones (Jenofonte, *Económico*, 7,36; Demóstenes, 55,24; Teofrasto, *Caracteres*, 10,13). En las casas grandes, la distribución de alimentos, controlada por la señora de la casa, podía ser delegada en la despensera, esclava de confianza, en cuyas manos se ponían las llaves de la despensa (Jenofonte, *Económico*, 10,10).

Pese a que teóricamente la vida de las mujeres se desarrollaba en el interior de la casa, existían tareas que habían de realizarse en el exterior, como el abastecimiento de agua para uso doméstico (cfr. Mirón 2003). Una de las imágenes plásticas más populares en Grecia es la mujer acarreado agua desde la fuente pública, tanto en terracotas (Mollard C 64, 119; TK I 156-158) como en la cerámica ática de figuras negras de finales del siglo VI a.C. Sin embargo, en la cerámica del siglo V a.C. el tema está poco presente, lo que es posible relacionar con la implantación más extensa de la esclavitud doméstica, que se ocuparía de este trabajo externo y, por tanto, “peligroso” para la virtud de una ciudadana, aunque las campesinas y mujeres de las clases más humildes se seguirían ocupando de este trabajo. Incluso podía convertirse en un trabajo retribuido: en Atenas las mujeres metecas (residentes extranjeras) solían acarrear agua para ganar dinero (Pólux, *Onomástico*, 3,55). Aunque algunas casas contaban con pozos o depósitos (kylix ática, Milán, 266; Menandro, *Discolo*, 574-581, 188-206; Teofrasto, *Caracteres*, 20,9; Ault 2000: 480), la mayoría de las familias se abastecían en las fuentes públicas.

4. Valor del trabajo de las mujeres

Es difícil calcular el valor económico exacto del trabajo doméstico de las mujeres, ya que no existen informaciones directas al respecto. De la importancia vital que Jenofonte da a la economía interna de la casa, decisiva para la prosperidad o la ruina de un *oikos* (*Económico*, 3,15), cabe entender que este trabajo era económicamente muy productivo. No obstante, la situación podía variar de una ciudad a otra, del campo a la vida urbana, de una clase social a otra, e incluso de una casa a otra. En una casa grande como la de Iscómaco, donde prác-

ticamente todo el mantenimiento del *oikos* descansaba tanto en los bienes procedentes del campo como en la transformación y conservación de éstos mediante el trabajo femenino, éste era tan vital como el masculino, considerando Jenofonte que ambos tenían el mismo valor (7,13-18). Es el mismo tipo de economía que puede funcionar entre las familias campesinas, aunque aquí la producción agrícola funcionase a un nivel prácticamente de subsistencia. En cambio, en casas como la de Pericles, como en muchas del Ática, donde funcionaba una economía de compraventa (Plutarco, *Pericles*, 16; Pseudo-Aristóteles, *Económicos*, 1344b27-34), en la que los productos del campo eran inmediatamente vendidos y se adquirían los ya elaborados en el mercado, el valor del trabajo femenino, excepto en su faceta reproductora, sería apreciado como mínimo, por más que las labores de mantenimiento procurasen el correcto funcionamiento del *oikos*.

La producción textil se consideró un bien económico, a menudo de alto valor, e incluso utilizado como objeto de intercambio a modo de dinero (cfr. Pomeroy 1994: 61-68). La ley de la ciudad de Gortina, en Creta, establece que, en caso de divorcio, la mujer recupera su dote y en general todos los bienes que había aportado al matrimonio, además de la mitad de las rentas de éstos, y la mitad de las telas que haya tejido. Igual ocurre con las viudas. E igual legado reciben los herederos de una difunta (*Ley de Gortina*, 3 [Doreste]). La habilidad en el trabajo textil, por otro lado, aumentaba el valor particular de una mujer, libre o esclava. Entre las posesiones del ateniense Timarco destacaba una esclava especializada en hilado de lino fino, que producía importantes beneficios en el mercado (Esquines, 1,97). Igualmente el hecho de que se utilizase el trabajo textil femenino para sostener económicamente a familias no privilegiadas, mediante su venta en el mercado, es un indicio por sí mismo de su rentabilidad económica. La manufactura textil creada con las mujeres de la casa de Aristarco produjo un importante beneficio económico (Jenofonte, *Memorabilia*, 2,7). La misma creación de manufacturas, con obreros de ambos sexos, a partir del siglo IV, supone un reconocimiento de su alto valor económico, traducido en grandes beneficios para los propietarios.

Asimismo, en las casas donde la transformación de alimentos particularmente la elaboración de pan se realizaba en el interior, su importancia económi-

ca era evidente; además de poder constituir un producto para el mercado.

No obstante, este trabajo interno no aparece considerado por los escritores antiguos como una de las fuentes de riqueza, sin duda porque éstas se refieren al exterior visible (Jenofonte, *Económico*, 3,15; Pseudo-Aristóteles, *Económicos*, 1343a25-30). En este sentido, suelen considerar económicamente más relevantes los trabajos masculinos en el exterior del *oikos*. Esta diferente consideración queda patente en el mismo Jenofonte, que consagra a los trabajos internos cuatro capítulos de su tratado sobre economía y once a las labores del campo; mientras la despensera es merecedora de apenas un párrafo, al capataz, su paralelo en el campo, se le dedican tres capítulos enteros. Pero sí se estimaba una tarea vital, al menos en un principio, para el mantenimiento del *oikos* y, por tanto, de la cultura de la *polis* que descansaba sobre él. Tenía así un valor político fundamental, que adquiriría el carácter de ético.

En particular la aptitud para realizar bellos trabajos textiles aumentaba el prestigio de la mujer libre. No sólo por el valor económico del producto en sí mismo sino por lo que implicaba de horas de trabajo doméstico dedicadas por la mujer en esta labor, y que suponían un reflejo de sus virtudes domésticas (Mirón 2001: 6-16). Sin embargo, esta valoración, pese a estar muy generalizada, no era unánime, no sólo entre las mujeres espartanas, que consideraban más valioso producir hijos sanos y fuertes (Plutarco, *Moralia*, 241), sino en la misma Atenas, donde Platón, que clamaba por la casi igualdad de aptitudes entre hombres y mujeres, señala que en las labores en las que las que estas últimas destacan, el tejido y la cocina, “el ser superado sería lo más ridículo de todo” (*República*, 5, 455cd), lo que muestra el poco mérito que les atribuía. No obstante, la ideología dominante en toda Grecia otorgaba un especial valor social al trabajo femenino.

Éste tenía también un valor erótico. Había una relación entre belleza y trabajo (Jenofonte, *Económico*, 10,10-13). Mucha de la simbología de las mujeres hacendosas de la cerámica ática une amor al trabajo a belleza, y ambas al sexo y el matrimonio (Keuls 1983, 1985: 229-266; Mirón 2001: 6-16). La mujer trabajadora era sexualmente más atractiva y, por tanto, más adecuada para la reproducción. Producción de objetos y producción de cuerpos se ligan estrechamente.

4. Economía y *oikonomia*

La *oikonomia* era el saber que trataba sobre la administración de esta célula social básica (cfr. Mirón 2004). Sobre ella se conservan dos tratados completos de época clásica (ambos de título *Oikonomikos*), aunque se conoce la existencia de algunos más. El de Jenofonte, escrito en la primera mitad del siglo IV a.C., define la *oikonomia* como la ciencia “que hace que los hombres puedan acrecentar su *oikos*”. En él trata tanto de la administración de la casa propiamente dicha y de los bienes que incluye, como de las propiedades agrícolas y su correcta administración, así como de las actitudes y cualidades del cabeza de familia, la esposa, y los esclavos.

El otro tratado conservado es un conjunto de tres libros, seguramente escritos por miembros de la escuela aristotélica, hacia el año 300 a.C., en el que se define la *oikonomia* como la técnica que “tiene por objeto la adquisición y uso del *oikos*”. El libro I da una serie de breves indicaciones sobre la procreación de hijos y la función social y moral del matrimonio, los esclavos y la administración de la hacienda propiamente dicha; mientras que el libro III se centra en los valores morales que han de tener marido y mujer para el conveniente funcionamiento del *oikos* y la correcta educación de los hijos. Sin aparente conexión, el libro II es una relación de ejemplos de recaudación de riqueza por diferentes tiranos. Su inclusión en un libro con el título *Oikonomikos* señala hasta qué punto la administración de un Estado se equiparaba a la administración de un *oikos*.

La economía, como ciencia del *oikos*, sería anterior a la política, o ciencia de la ciudad (*polis*), ya que el primero es anterior a ésta, por ser la ciudad un conjunto de casas. Precisamente el libro I de la *Política* de Aristóteles está dedicado a la administración del *oikos* como paso previo para conocer los conjuntos humanos superiores, ya que la familia y la economía (del *oikos*) constituyen las bases de la vida política (cfr. Moreno 1988: 35-81).

Por tanto, la *oikonomia* es en principio un concepto bastante diferente de lo que se considera ahora economía, ya que no se limita al ámbito de la economía doméstica. Abarca no sólo la adquisición de bienes y las fuentes de riqueza del *oikos*, por lo que se relaciona con la economía en sentido actual, sino también los valores morales de todos sus componentes humanos, necesarios para su correcto

funcionamiento. Y se refería tanto a lo que estaba dentro de la casa como a lo que estaba fuera. Es decir, la *oikonomía* trataba del *oikos* y, por tanto, de los elementos humanos y materiales que lo componían. Es, por tanto, una unidad de producción y reproducción.

La mayoría de los historiadores de la Economía coinciden señalar que no hubo auténtico pensamiento económico en la Antigüedad (entre otros, Austin y Vidal-Naquet 1986: 23-26; Descat 1988; Finley 1974: 18; Tozzi 1961: 10). No es de extrañar, si tenemos en cuenta que las categorías de análisis empleadas en Economía están adaptadas al estudio del capitalismo, es decir, un sistema económico que pone al mercado como su centro (Narotzky 1995: 31; Nicholson 1990). De este modo, la Economía entendida fundamentalmente como estudio del mercado ha dejado fuera a otros factores económicos esenciales, incluido lo que los autores griegos consideraban como la Economía (Pomeroy 1994: 43). En este sentido, los Estudios de Género están llevando a cabo una importante revisión de la Economía (cfr. Dey 1985), propugnando un análisis económico de la producción y la reproducción, en el ámbito privado, para lo que ha acuñado los términos de “economía doméstica” y “reproducción social”, y han revalorizado el trabajo doméstico de las mujeres (Carrasco 1991; Narotzky 1995).

Sin embargo, estas nuevas teorías económicas actuales no terminan de ser plenamente apropiadas al estudio de la economía antigua. En el mundo

griego, las mujeres reproducen los seres, los medios y los mismos materiales. No es posible, por tanto, ni una separación de producción y reproducción, ni son aplicables los conceptos de la economía doméstica. Mientras que en el mundo actual se ha establecido una separación clara entre esfera productiva (fuera, pública, mercantil) y reproductiva (dentro, privada, no mercantil), por más que esta diferenciación desvirtúe el análisis global de la economía, antes del capitalismo producción y reproducción se realizaban en el mismo espacio.

En la sociedad griega, la unidad básica de producción es el *oikos*, que coincide con la célula de reproducción. De ahí el interés de los economistas griegos por las relaciones sociales correctas dentro de la casa y su recurso al moralismo. Un buen funcionamiento de los agentes de la reproducción biológica y social es garantía de un buen funcionamiento económico en el amplio sentido de la palabra. Por otro lado, en un principio, salvo excepciones, toda la actividad económica se realizaba en su seno. De ahí que la economía fuese por antonomasia economía del *oikos*. La diversificación de actividades, el crecimiento del comercio y la formación de entes económicos más amplios no incidieron en una adaptación del significado de *oikonomía*, quizá porque la Economía no habría sido para ellos más que el conjunto de las economías de cada *oikos*, y de la *polis* entendida como un gran *oikos* común.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABV = BEAZLEY, J.D. (1956): *Attic Black-Figure Vase-Painters*. Clarendon, Oxford.
- AMYX, D.A. (1958): The Attic stelai, part III. *Hesperia*, 27: 163-310.
- ARV = BEAZLEY, J.D. (1963): *Attic Red-Figure Vase-Painters*. Clarendon, Oxford.
- AULT, B.A. (1997): *Classical houses and households. An architectural and artifactual case study from Halieis, Greece*. UMI, Ann Arbor.
- AULT, B.A. (2000): Living in the Classical Polis: The Greek house as microcosm. *Classical World*, 93: 483-496.
- AUSTIN, M.; VIDAL-NAQUET, P. (1986): *Economía y sociedad en la antigua Grecia*. Paidós, Barcelona.
- BARBER, E.J.W. (1992): The Peplos of Athena. *Goddess and Polis. The Panathenaic Festival in Ancient Athens* (J. Neils, ed.), University, Princeton: 103-117.
- BETTALLI, M. (1982): Note sulla produzione tessile ad Atene in età classica. *Opus*, 1: 261-278.
- BROCK, R. (1994): The Labour of Women in Classical Athens. *Classical Quarterly*, 44: 336-346.
- CAHILL, N. (2000): Olynthus and Greek town planning. *Classical World*, 93: 497-515.
- CARRASCO, C. (1991): *El trabajo doméstico y la reproducción social*. Instituto de la Mujer, Madrid.
- CAT = CLAIRMONT, C. W. (1993): *Classical Attic Tombstones*. Akanthus, Kilchberg.
- CROWFOOT, G.M. (1936-37): Of the warp-weighted loom. *Annual of the British School at Athens*, 37: 36-47.

CVA = *Corpus vasorum antiquorum*.

DAVIDSON, G.R.; THOMPSON, D.B. (1975): *Small objects from the Pnyx*, I. Swets & Zeitlinger, Amsterdam.

DESCAT, R. (1988): Aux origines de l'*oikonomia* grecque. *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*, N.S. 28: 103-119.

DEY, S. (1985): *La división sexual del trabajo. Revoluciones conceptuales de las ciencias sociales*. Ministerio de Trabajo, Madrid.

FINLEY, M.I. (1974): *Economía de la Antigüedad*. Fondo de Cultura Económica, México.

FOXHALL, L. (1989): Household, Gender and Property in Classical Athens. *Classical Quarterly*, 39: 22-44.

GULLBERG, E.; ÅSTRÖM, P. (1970): *The thread of Ariadne. A study in ancient Greek dress*. Paul Åströms, Göteborg.

HOFFMAN, M. (1964): *The Warp-weighted Loom. Studies in the History and Technology of an Ancient Implement*. Universitets forlaget, Oslo.

KARABELIAS, E. (1984): Le contenu de l'*oikos* en droit grec ancien. *Mnimi Georgiou A. Petropoulou*, I, Ant. Sakkoula, Atenas: 443-462.

KEULS, E.C. (1983): Attic vase-painting and the home textile industry. *Ancient Greek Art and Iconography* (W.G. Moon, ed.), University of Wisconsin, Madison: 209-230.

KILLET, H. (1994): *Zur Ikonographie der Frau auf attischen Vasen archaischer und klassischer Zeit*. Köster, Berlín.

LACEY, W.R. (1968): *The Family in Classical Greece*. Thames & Hudson, Londres.

LOSFELD, G. (1991): *Essai sur le costume grec*. De Boccard, París.

MACDOWELL, D.M. (1989): The *oikos* in Athenian Law. *Classical Quarterly*, 39: 10-21.

MIRÓN, M.D. (2000): Las mujeres, la tierra y los animales: naturaleza femenina y cultura política en Grecia antigua. *Florentia Iliberritana*, 11: 151-169.

MIRÓN, M.D. (2001): Tiempo de mujeres, tiempo de hombres: género, ocio y trabajo en Grecia antigua. *Arenal*, 8.1: 5-37.

MIRÓN, M.D. (2003): Mujeres en la fuente en la iconografía ateniense. *Representación, construcción e interpretación de la imagen visual de las mujeres* (P. Amador y R. Ruiz, eds.), Archiviana, Madrid: 57-75.

MIRÓN, M.D. (2004): *Oikos y oikonomia*: El análisis de las unidades domésticas de producción y reproducción en el estudio de la Economía antigua. *Gerión*, 22: 61-79.

MIRÓN, M.D. (2005): La casa griega antigua: género, espacio y trabajo en los ámbitos domésticos. *Arqueología y género* (M. Sánchez Romero, ed.), Universidad, Granada: 335-362.

MOLLARD-BESQUES, S. (1954): *Catalogue raisonné des figurines et reliefs en terre-cuite grecs, étrusques et romains*. Musée du Louvre. Musées Nationaux, París.

MORENO, A. (1988): *La otra «Política» de Aristóteles*. Icaria, Barcelona.

NAROTZKY, S. (1995): *Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en Ciencias Sociales*. CSIC, Madrid.

NEVETT, L.C. (1995): Gender relations in the classical Greek household. The archaeological evidence. *Annual of the British School at Athens*, 90: 363-638.

NICHOLSON, L.J. (1990): Feminismo y Marx: integración de parentesco y economía. *Teoría feminista y teoría crítica* (S. Benhabib y D. Cornell, eds.), Alfons el Magnànim, Valencia: 29-48.

PAYNE, H. (1962): *Perachora. The sanctuaries of Hera Akraia and Limenia*, II. Clarendon, Oxford.

POMEROY, S.B. (1994): *Xenophon Oeconomicus. A Social and Historical Commentary*. Clarendon, Oxford.

POMEROY, S.B. (1997): *Families in Classical and Hellenistic Greece. Representations and realities*. Clarendon, Oxford.

ROBINSON, D.M. (1941): *Excavations at Olynthus, X: Metal and Minor Miscellaneous Finds*. John Hopkins, Baltimore.

ROBINSON, D.M. (1945): A new Attic onos or epinetron. *American Journal of Archaeology*, 49: 480-490.

ROBINSON, D.M.; GRAHAM, J.W. (1938): *Excavations at Olynthus, VIII: The Hellenic House*. John Hopkins, Baltimore.

SANAHUJA, M.E. (2002): *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra, Madrid.

SPARKES, B.A. (1962): The Greek Kitchen. *Journal of Hellenic Studies*, 82: 121-137.

THOMPSON, W. (1981-82): Weaving: a Man's Work. *Classical World*, 75: 217-222.

TK = WINTER, F. (1903): *Die Typen der figürlichen Terrakotten*. W. Spemann, Berlín.

TOZZI, G. (1961): *Economisti greci e romani*. Faltrinelli, Milán.